

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA



FRANCISCO CASALS

Tal vez, por ser afortunadamente raras las pérdidas que la muerte produce en nuestra corporación es porque se sienten con más intensidad cada vez que ocurre alguna de ellas.

Francisco Casals ha aumentado el catálogo de los académicos que han dejado este mundo para morar en el otro, y á primeros de este mes, si del jardín de la tierra se tronchó en flor un arbusto, es de creer que en el celestial huerto florecerá lozano obteniendo la recompensa y premio de su vida.

Tres años escasos contaba Casals de vida académica y en verdad que desde su ingreso en la Calasancia se mostró celoso individuo de la misma, cuyos deberes se esmeró en cumplir, ayudando en la medida de sus fuerzas á la obra social.

Más que en otras manifestaciones su actividad académica se mostró en las sesiones públicas y si la primera vez que lo hizo fué aceptado con agrado por la concurrencia, bien pronto gustó á ésta su labor y se deleitó visiblemente con las poesías festivas, en su mayor parte, que recitaba nuestro inolvidable compañero.

Porque, por uno de esos contrastes tan comunes en la vida humana, quién sufría interiormente, quién lloraba con el

corazón, quería alejar sus penas con una eterna sonrisa en los labios, con un continuo derroche de gracia para divertir. ¡Quién sabe si al recrear á los demás, sufría interiormente! ¡Quién sabe si la alegría de su rostro era dolor en el alma!

Verdad es que jamás fué franca su satisfacción, ni entera su sonrisa; se descubría en ella algo de melancolía, cierta nostalgia que iba aumentando á medida que la enfermedad que le ha llevado al sepulcro, se apoderaba insensiblemente de nuestro amigo.

Ayer gozábamos con su amistad, nos recreábamos con sus gracias; hoy nos acompañara su recuerdo; mañana notaremos su falta, cuando al reanudar las tareas académicas nos encontremos con un compañero menos, de esos que dejan vacío, de esos que no se borran fácilmente de la memoria...

La ACADEMIA CALASANCIA cumplió los deberes de hermandad con el finado socio, y una comisión de la misma acompañó el cadáver á su última morada. Al recordar hoy su muerte, al dedicarle este pequeño tributo eleva á Dios sus oraciones y exhorta á los académicos á que rindan al hermano querido el tributo de amistad y compañerismo más grato y mejor encomendando su alma al Redentor Divino.

EL REINO DE ASTURIAS SEGÚN LOS ROMANCES (*)

(Continuación.)

Y no se me refute que el pueblo coetáneo al hecho no intervino en la confección de los romances, pues éstos como afirma Tíknor (1), están en su mayor parte sacados por los juglares ó poetas eruditos de la Crónica general de Alfonso el Sabio, ya que aunque esto es cierto no lo es menos—é insisto nuevamente en ello por ser de importancia su aclaración—que este Rey transcribió en su obra lo que el pueblo decía,

(*) Véase el número 286.

(1) T. I, pág. VII.—H.^a de la lit. española.

lo que tradicionalmente conservaba, de modo que los romances pueden considerarse y deben considerarse por su fondo como hijos de aquellas edades, aunque su argumento fuese transmitido por los extranjeros, como sostiene Berchet (1), por ser los vencidos los que conservaron fielmente la memoria del hecho de Roncesvalles (2). Y no soy sólo al sostener que nuestras antiguas crónicas hallaron los manantiales para su formación en el saber popular pues ya un ilustre hablista don Juan Caveda, lo expresó de un modo elocuente al afirmar que la bella historia de Bernardo lo mismo que la del Cid y la de los infantes de Lara son verdaderas poesías de carácter antiguo «fragmentos, sin duda, de fablas y romances populares entonces conocidos que sólo perdieron la rima y la medida al acomodarse á la narración histórica de la Crónica (3)» y por si ello no bastara, tenemos algunos pasajes de la historia de España del sabio monarca en los cuales se habla de los cantares de gesta que corrían de boca en boca del pueblo (4) todo lo cual viene á confirmar mi aserto de que si la mayor parte de los romances contenidos en las colecciones actuales son obra de los poetas eruditos, no por estó dejan de tener grandísimo valor histórico, por reflejar el modo de ser de la primitiva sociedad asturiana ya que el alma de estas poesías es la misma que la de los *cantares de gesta* transcritos en las Crónicas.

Por esto es censurable la conducta de los historiadores que ni siquiera citan á Bernardo del Carpio, por considerarlo completamente legendario, que la historia ha dejado de ser lo que era antes una narración más ó menos exacta, más ó menos poética de hechos y hazañas, de guerras y convenios ya que los hechos externos los de más brillo y ruido no son ni deben ser la materia exclusiva de la historia, porque éstos sólo constituyen una parte quizá la menos importante de la actividad humana. Una guerra entre dos pueblos no se pro-

(1) Vechie Romance spagnuole recate in italiano.

(2) Milá—Poesía popular.—Pág. 137.

(3) Mem. de la R. Academia Española, pág. 342 y 343.

(4) E algunos digan etc. (Wolf lo transcribe).

duce sin causas y las causas deben buscarse y hallarse en la vida íntima de aquellos mismos pueblos; una rebeldía no la provoca, un acto violento único ni se sostiene sin preparación y para estudiarla debe examinarse la vida del rebelde y de aquel contra quien se rebela, máxime si en la superficie no aparecen muy claras las razones, que motivaron el levantamiento; y tratándose de épocas de reyes absolutos, su carácter es factor principalísimo en la marcha de las naciones y materia muy digna de ser estudiada porque en ella se encontrará la explicación de sucesos, que no la tienen muy clara (1).

Y ya que la Historia ha de ser tratada de este modo, ha de profundizar en los arcanos del sentir y pensar del pueblo que la ha producido; ha de investigarnos creencias, instituciones, sentimientos, aspiraciones, tendencias y modo de ser, es de absoluta necesidad al historiador detenerse en el estudio de las producciones de este pueblo y por ello quien quiera conocer perfectamente el reinado de Alfonso II y su período ha de acudir forzosamente á la leyenda de Bernardo personificación gigantesca del sentimiento popular de libertad y de independencia que animaba á nuestros abuelos y de su amor filial que sin el testimonio de esta tradición no creeríamos propio de aquella ruda y violenta época.

Estas y no otras son las enseñanzas que se deducen de ella: el sentimiento religioso queda fijado completamente en el romance y tradición de la Cruz de los Angeles labrada por manos celestiales, milagro que descubre con perfección la fe que animaba á aquella sociedad, fe entusiasta, religión sublime que unida al sentimiento patriótico los hicieron continuadores de la epopeya gloriosa empezada por Pelayo en Covadonga y terminada por los Reyes Católicos en Granada.

Repasando lo escrito, leyendo de nuevo los romances que he estudiado nótese este amor á la patria que no la constituye aquel trozo de tierra grande ó pequeña, estéril ó fértil, montañosa ó llana, sino esa tierra donde nuestros padres

(1) Giménez Soler.

vieron la luz primera, donde nuestros abuelos reposan, por la que nuestro corazón late á impulsos y movido por el cariño y respeto profundo que nos inspira la Religión sintetizada en alguna ermita, en alguna imagen, en alguna tradición; las leyes, las costumbres y nuestras hazañas que nuestras son las realizadas por aquellos que fueron nuestros compatriotas y á los que la gloria y la fama colocaron sobre su frente corona inmortal, y este amor á la patria una é intangible, ajena á todo lo que pudiera perjudicar su carácter, rechazando toda ingerencia extraña, queda patentizado en el episodio de Roncesváles, hecho de armas verdadero y cierto pero que no se descubre su causa si no se estudia nuestra poesía; desastre famoso en la cual la independencia del español, su carácter indomable, su libertad siempre excelsa se subleva contra toda intervención extranjera; para él quiere toda la gloria si la alcanza, toda la deshonra si la merece, pero en la felicidad ó en la desgracia gozarla ó sufrirla sólo sin nadie que adultere sus peculiares afectos, sus naturales instintos, su manera de ser. Personifica en Bernardo su ideal de independencia y libertad encima de todo otro y desobedeciendo al Rey, oponiéndose á sus intentos, increpándolo y recriminando á la nobleza; solo lucha, acomete al francés y lo desbarata y en este concepto Bernardo representa al pueblo todo: es el rico hombre y el vasallo, el noble y el plebeyo que si se indigna contra la nobleza cortesana y consejera del Rey no se indigna contra toda y si sólo contra la bastarda, que la buena, la española rodea al héroe para vencer ó sucumbir en la empresa. Es pues el castellano del Carpio la genuina representación de todo el pueblo, no de una clase ó casta determinada, sino de todas ellas.

Al lado de esta exquisita y celosa independencia, descúbrese también una obediencia ilimitada al monarca. En él se veía en aquellos tiempos el guardián de los intereses de la nación, el padre de los ciudadanos, el juez de las ciudades, el campeón del ejército, el primer ciudadano y el primer noble. Elegido por el pueblo prestábale completo acatamiento y sus palabras eran mandatos, sus caprichos leyes, sus leyes sa-

gradas y así fué como sin turbulentas revueltas, sin altaneras imposiciones de la nobleza, pudo anudar las inteligencias y voluntades de todos para cimentar la obra de la Reconquista. Verdad es que existía nobleza y hasta cierto feudalismo pero como ni el uno ni la otra aún no se encontraban bastante fuertes sólo podían intentar alguna que otra revuelta, reprimida inmediatamente. El poder real aparece con todo su esplendor en esta leyenda toda ella es un canto á la obediencia que deben prestar los súbditos á sus monarcas y que prestaron aquellos españoles á sus jefes: Saldaña pudo sublevarse y presentar armas contra Alfonso al ser castigado y encerrado por éste en un castillo y sin embargo no lo hace antes al contrario contesta al oír su sentencia con aquellas palabras

Mi señor sois, vos el Rey,
Respondió el Conde llorando
Haréis vos vuestro querer
Contra mí vuestro vasallo

símbolo de la sumisión más profunda. Bernardo repetidas veces sufre injusticias del monarca y obtiene en vez de mercedes, agravios, y, sin embargo, á su lado pelea y la vida le salva, de la derrota le libra y si bien á cada nuevo triunfo que obtiene, á cada nueva proeza que realiza suplica de nuevo al Rey le conceda la libertad de su padre no es la negativa bastante ni el faltar á su palabra suficiente para que deje de prestarle vasallaje, para dejar de ser su señor. Los hijosdalgos, los ricohombres que ven y comprenden la injusticia y terquedad de éste, la censuran, la recriminan la sienten pero no se sublevan.

Y he dicho que Bernardo representa al pueblo todo, al estado llano y á la ricahombría y ésta se descubre en la leyenda con su altanería, con su espíritu de señor feudal, cuando el del Carpio, despreciado por un monarca y desterrado por él, ocupa sus tierras de Saldaña, intentó satisfacerse de aquel agravio en las ocasiones que se le ofreciesen haciendo correrías por los dominios reales sin que nadie lo evitara. Y este solo hecho nos descubre la perniciosa costumbre de aquella

nobleza, ya envalentonada, que saliendo de sus castillos devastaba los pueblos, talaba los campos, detenía y robaba á los viajeros estableciendo un verdadero bandidaje señorial que duró muchos siglos.

Es también el noble caballero que no sufre injurias, que no admite ultrajes, que en el campo de batalla busca el lugar de peligro, que á su espada confía el castigo del agravio, que galán con las damas se erige en su vengador cuando ofensas has recibido. Se le llama bastardo y prueba no lo es desmintiendo al Rey y á los suyos que tal lo han llamado (1); la Reina le pide acuda á un torneo, y caballero no deja en el deseo á la dama, acudiendo á su petición, oye las quejas de unas doncellas contra Lepolemo y en su vengador se convierte matando al culpable (2).

Quiérese más acabada pintura del carácter español que está debida á los romances. Ellos son por decirlo así la ara santa donde iba depositando nuestros pueblos sus afectos y sentimientos; el inviolable sagrario de su modo de ser y pensar la flexible película que recibía sus impresiones para transmitir las á la posteridad que de otro modo no hubiera sabido la manera de ser de nuestros heroicos tiempos. Hubiera venido el historiador árabe ó el cronista cristiano dándonos cuenta de los reyes que habían ocupado el trono; de las guerras habidas; de las hazañas verificadas; quizás alguna concesión resistiendo el embate de los tiempos conservada en vetusto pergamino nos hubiera dado noticia de las leyes porque se gobernaban; una cruz, un templo nos hubiera revelado el arte de nuestros mayores, pero ni historia, ni crónica, ni leyes ni monumentos, hubieran sido suficientes para poder afirmar: así pensó aquel pueblo valeroso, tal fué su manera de ser, obra ello exclusiva del pueblo, realizada sin sentirlo en los momentos de gozo ó indignación, de alegría ó llanto deslizándose sus afectos en esta poesía tan sencilla como bella, tan genuinamente española, tan espontánea.

(1) R. 639.

(2) R. 644.

Y si es el retrato acabado de su carácter, es el espejo de sus costumbres. Bien claras se ven éstas en la tradición de Bernardo del Carpio las uniones ilícitas y los amores desenfrenados; el castigo de los culpables, sin que por esto la falta del padre mancillase á los hijos, hermosa máxima que bien la quisieron para sí las sociedades modernas; las penas existentes y establecidas, en especial la cárcel y la ceguera; el desprecio que inspiraba el traidor y la difamación que consigo llevaba tal epíteto; la vida independiente de la nobleza; la constitución de la familia nacida del amor puro y fortificada por el amor filial que á tal alto grado llegó en aquellos tiempos, mirando el hijo á sus padres como seres superiores y á los cuales todo debía; el profundo respeto que se guardaba al cumplimiento de la palabra empeñada, considerándose como el acto más indigno que se dejase de cumplir; las fiestas que había; las armas que usaban, en una palabra, todo cuanto descubre el corazón de un pueblo, todo cuanto constituye su historia interna, imposible de conocer sin la literatura.

COSME PARPAL Y MARQUÉS.

(*Se continuará*).

LEPIDÓPTEROS REGIONALES

De la clase de los insectos sin duda el orden lepidópteros, vulgarmente mariposas, es el que cuando niños ha llamado más poderosamente nuestra atención ya que más de una vez ó hemos corrido tras ellas para darles caza, ó nos hemos deleitado contemplando sus graciosos movimientos y pintadas y frágiles alas, ó nos hemos recreado al mirar las verdes y floridas praderas en las que en amigable consorcio viven los más bellos órganos de las plantas y los insectos dotados de mejores galas. No es extraño pues, que los poetas con sus lirás hayan cantado en rítmicas estrofas, esas bodas de oro en un ambiente de perfume y de luz y que los que no pulsamos la lira de los vates nos regoci-

jemos al presenciar la aparición de esos bellos insectos que nos anuncian que la naturaleza sacudiendo el blanco sudario de la nieve que la tenía aletargada durante el invierno, empieza á despertarse vistiéndose con el verde y fluído ropaje de la risueña primavera que más tarde trocará con el purpúreo y dorado del estío, durando en estas dos estaciones del año el imperio y la vida de esa variedad inmensa de bonitas mariposas demostrando una agilidad incansable que desaparecerá muy pronto al presentarse los primeros fríos.

Me ocuparé solamente de los lepidópteros que con más frecuencia se hallan en nuestra región, describiendo sus caracteres morfológicos, sus usos y costumbres pasando por todo lo que concierne á su anatomía y fisiología para que de esta manera no resulte muy pesada para el paciente lector la descripción de los mismos.

La división más general de las mariposas es en diurnas y nocturnas, entre las primeras los géneros más frecuentes en Cataluña, son los siguientes:

Género papilio.—*Papilio machaon* en los meses de julio y agosto se ve esta bonita mariposa volar lentamente sobre los campos ó libando la miel de las flores de las praderas, de los jardines y bosques mientras extiende sus alas horizontalmente: las plantas favoritas de esta mariposa son el hinojo, anís, comino y zanahoria; la oruga joven es negra con manchas blancas en el dorso y está provista de espinas rojas, cuando se la toca presenta en la nuca dos carnosas espigas en forma de horquilla, sin duda para intimidar al impertinente, ó mueve con violencia su cuerpo; la crisálida es de color amarillo verdoso con rayas amarillas aquillado el dorso y tiene dos puntas obtusas en la cabeza. Se fija por un hilo en posición vertical ú horizontal en cualquiera ramita y así pasa el invierno.

El papilio de vela.—*Papilio podalirius*: se caracteriza por las alas de una marillo de paja estando rayadas de negro, las anteriores tienen un borde del mismo color, son denticuladas en el borde y de color negro con medias lunas azu-

les, presentando en el interior dos fajas anchas con las que se toca otra roja y además dos muy estrechas en el centro; la oruga es de un color verde amarillo, vive en el espino negro; la crisálida es parda en su parte anterior y amarilla en la posterior. Esta especie no se halla tan diseminada como la anterior.

Piérides.—*Pieridæ* ó mariposas blanquecinas, son más pequeñas que las papilios.

Pieris de las coles.—*Pieris brassicæ*; esta especie se caracteriza por la punta negra de las alas anteriores y por tener una mancha del mismo color en el borde anterior de las posteriores; en las primeras la hembra tiene además dos manchas negras redondas, sobrepuestas detrás del centro de la superficie, y una negra confusa desde la segunda de aquéllas hasta el borde interior; las alas posteriores amarillas en la cara inferior tienen escamitas de color negro y están distribuidas de un modo igual. La hembra mide seis centímetros de punta á punta de ala.

En nuestro país se la ve durante los meses del estio vagar por los campos, praderas y jardines, semejante á un pedacito de papel blanco, impelido por el viento, vuela sobre todo en agosto hasta en medio de las calles y plazas de las ciudades con tal que no falten en las cercanías ventanas con tiestos de flores ó jardines que le proporcionen su alimento, así como ocasión para depositar su cria; á veces se la ve mucho tiempo delante de una ventana cerrada, detrás de la cual abigarradas flores despiertan su deseo de libar el néctar.

Más de una vez sin duda nos habremos fijado en alguna huerta provista de coles cuyas hojas están llenas de huevecitos amarillos, si observamos un huevo aislado veremos que éste puede pertenecer á la especie llamada pieris de la colza que también se encuentra aquí y difiere sólo de la otra por poner los huevos aislados; vemos otras veces las hojas de las coles agujereadas por unas orugas negras con manchas amarillas, y que con su voracidad llegan á comerse toda la carne de las hojas dejando solamente el

nervio; las crisálidas no se encuentran entre las coles pues la oruga para metamorfosearse sube á un árbol ó á una pared y al llegar la primavera aparecen las mariposas abandonando su capullo.

Pieris de la colza.—*Pieris rapæ*; mide por término medio cinco centímetros de punta á punta de ala y se asemeja mucho á la anterior, sólo que el negro de la punta de las alas anteriores es más mate y menos extenso. La mancha negra borrada en el borde interior falta por lo regular en la hembra; pero el macho tiene una del mismo color en la cara superior de las citadas alas. La crisálida es casi igual que la de la especie anterior de color verde ó gris verdoso con puntos negros y tres líneas longitudinales amarillas más ó menos marcadas. La oruga se distingue por su color verde sucio, un poco aterciopelado; come las mismas plantas que la anterior, y lo mismo que ella busca sitios altos para metamorfosearse aunque alguna vez se la halla en el nervio de las hojas alimenticias.

Pieris daphidice.—Frecuente en Cataluña, diferenciándose de la especie anterior por tener sus alas inferiores de un color amarillo verdoso, salpicado de manchas blancas; la oruga se la halla con frecuencia sobre las plantas crucíferas; vuela desde junio á septiembre.

Rhodocera cleopatra.—Es propia de la Europa meridional, vuela en julio y agosto, tiene las alas angulosas de color amarillo con una mancha rojiza las superiores, y con un punto del mismo color las inferiores; se la ve volar por los jardines de Sarriá y San Gervasio.

Colias phicomone.—Es de un color amarillo verdoso con manchas rojizas, abundante en nuestra región y recogido en Torelló.

Colias hyale.—De un color amarillo anaranjado, la cara superior de las alas anteriores tiene dos bandas negruzcas así como un punto negro.

Colyommatus.—Se las conoce con el nombre de las bronceadas á causa del color del fondo de sus alas, que es de un leonado dorado en los machos y sembrado de puntos

negros en las hembras. En Torelló he recogido el *Colyomatus flaeas*, bonita aunque pequeña especie que se caracteriza por tener sus alas superiores punteadas de negro sobre un fondo rojo dorado y sus bordes morenos; las inferiores son de un color moreno oscuro con una pequeña banda rojo dorada, con tres ó cuatro puntos negros en el margen; la oruga vive con frecuencia sobre la acedera silvestre y el lepidóptero es bastante común en los bosques y praderas durante la hermosa estación del estío.

MANUEL PARÉS BARTRA.

(Se continuará).

LA ORACIÓN DE FERNANDITO (*)

Allá en una de las casas más humildes de un pueblo cercano á Viena, vivían una madre y su hijo y, no obstante la pobreza de sus vestidos, se echaba de ver, que habían pertenecido á una clase elevada, así por la finura de sus facciones, como por sus modales y manera de expresarse. Efectivamente, la señora Matilde, madre del bondadoso Fernandito, era viuda de un conde de los más honrados del imperio de Austria, pero al cabo de una larga serie de calamidades, se vieron sumidos en la pobreza.

Fernandito tendría unos ocho años y era de excelente índole; había justamente aprendido á leer, escribir, contar y alabar á Dios, gracias á un sacerdote que en el poco tiempo de que disponía se había propuesto enseñarle, cuando á pesar de todas las desgracias tuvo una mayor, y esta fué la muerte de su buen padre. Desde aquella época cesó el niño de ir á colegio y empezó para su madre la vida intranquila. Sin embargo un consuelo tenía en su desgracia, el niño, uno de los seres más queridos que Dios le conservaba sin duda para dar ejemplo á sus semejantes. Su voz era

(*) Trabajo laureado con accésit en el certamen celebrado entre los académicos aspirantes y supernumerarios.

el sonido más agradable á su madre, por lo que solía exclamar: «La voz de los niños es una de las pocas cosas que alegran la casa de los pobres».

Pero ésta tiene á veces momentos tristes en que los padres, no pueden oír á sus hijos sin derramar lágrimas, y esto precisamente sucedía á la madre de Fernandito que hacia unos días no podía oír hablar á su hijito, sin romper á llorar, pensando en el porvenir del muchacho, y á la vez en el suyo, pues, no tan solo, no podía darle los más elementales estudios, sinó que ni aún alimentarle.

El día siguiente, con un frío glacial del Enero, amaneció nublado, no había flores, y caía una lluvia menuda; Matilde y su hijo sentáronse silenciosamente á comer unos mendrugos de pan, único alimento de aquel día, y al terminar esta mísera comida, Matilde abrazando á su hijo exclamó con lágrimas.

—¡Quién me hubiera dicho, cuando tu padre te tenía en sus brazos y te comía á besos, que yo te había de ver con hambre y casi desnudo!

Y ya no pudo decir más.

—No te apures, mamita,—respondió el niño—Dios es bueno y misericordioso, yo rogaré para que nos socorra.

A la mañana siguiente se levantó el niño, temprano como de costumbre y sin haber almorzado, pues carecían de todo alimento, pidió permiso á su madre para ir á visitar á unos amiguitos y se fué contento á la calle.

Al doblar la esquina se introdujo en la calle Mayor y por ella en el templo: una vez allí y convencido de que nadie le oía, sacó de sus ajadas ropas, un devocionario, regalo de su profesor que había tenido buen cuidado de conservar; lo abrió, comenzó una oración muy devota, y luego murmuró la siguiente, en voz alta:

—Padre nuestro que estás en los cielos; Padre de misericordia..... En mi casa no hay pan ni siquiera para comer, ni vestidos con que arroparnos, ¡socórrenos! no nos desampares.

Al terminar la oración ya se disponía á abandonar el

templo, cuando se sintió asido por la mano de una piadosa señora, que le dijo:

—Ven hermoso niño, buen cristiano, Dios no solo te concede pan y ropas sino que te procura estudios; así pues, dime donde vives, condúceme á tu hogar.

El niño echó á andar y la buena señora tras él y al llegar á la vivienda, encontraron á Matilde llorando y rogando á la vez delante de un Crucifijo. Sorprendida en esa aptitud, se apresuró la piadosa señora á prodigarla palabras de consuelo y tomando asiento en una mugrienta silla, comunicó á la madre, la hermosa acción de Fernandito y su propósito de protegerles diciendo:

—El niño ó cristiano que ora con fe y fervor, tarde ó temprano encuentra recompensa y sin duda Dios me ha destinado á mí para premiar á este angelito, haciendo que desde hoy no carezcan de nada y pueda éste educarse en el santo señor de Dios.

Así es como terminaron su pobreza la esposa y el buen hijo de un honrado conde.

RAFAEL MARTINEZ DOMINGUEZ.

LA PRIMERA COMUNIÓN (*)

—Pues sí, querido Rafael, pareceré un príncipe: el traje nuevo y á la última moda, zapatos de charol, gorra de uniforme, la medalla de plata, el lazo bordado por mi hermanita, en una palabra, toda la ropa tanto exterior como interior la llevaré por primera vez.

—Yo, Ricardo, no puedo decir tanto y gracias aún á los señores de mi madre quiénes me han dado el traje usado por su hijo en la Primera Comunión que hizo el año pasado; no es nuevo, pero está decente y esto basta.

(*) Trabajo laureado con accésit en el Certamen celebrado entre los académicos aspirantes y supernumerarios.

—Es verdad. Lo que á mi me llama más la atención son los regalos que me harán; sé que papá me regala un reloj, mamá la cadena del mismo, mis hermanitos las estampas y el padrino y el tío y otros también me regalarán muchas cosas. ¡Qué bonitas deberán ser!

—A mi si que no me van á regalar esto, pero estaré regalado por los cuidados de mi madre; desde que el padre nos prepara aquí, en el colegio, lo hace ella en mi casa y ¡con que cariño! A veces me habla de mi difunto padre diciéndome que me acuerde de él, cuando tenga á Jesús en mi corazón, ¡hasta me hace á veces llorar! ¡Y que contenta y satisfecha está mi madre!

—No has visto, acaso, el ramillete que he entregado al hermano sacristán para mañana. ¿No? Ah, no es por decirlo, pero no hay otro igual compuesto de flores de todas clases. ¿Y tú no regalas flores?

—No, ya sabes que no podemos ¡somos tan pobres! más que digo, ya lo creo si ofreceré á Jesús flores cuando le recibiré en mi corazón: le haré don de todas aquellas que nos ha dicho el padre, de la del amor, obediencia, bondad, de mi cuerpo y alma y otras que se yo que gustan á Jesús más, sí, mucho más que las naturales.

* * *

Una orden del padre interrumpió á los dos. Esta conversación se sostenía en un colegio de las Escuelas Pías, entre dos niños muy amigos Ricardo y Rafael, el primero de familia muy acomodada, el otro sólo tenía madre y estaban en una posición muy humilde. Era la vigilia del día más dichoso para el hombre, ¡el de la Primera Comunión! Era hora ya de partir para sus casas y se despidieron: uno subió al coche y el otro marchó con su madre.

* * *

Llegado que hubo Ricardo á su casa, saludó á todas las personas que en ella había ya que no sólo estaba su familia íntima, (y pásese la frase) sus padrinos, tíos y otros que sin duda habían acudido para aportar los presentes. ¡Qué de felicitaciones! ¡todos le daban la enhorabuena! Mucho pro-

curó saber donde estaban las ofrendas pero no logró descifrarlo, su papá no quería que las viese hasta la mañana siguiente y hubo que conformarse, lo cual hizo que Ricardito se fuera á la cama con la cabeza llena de ilusiones pensando en los regalitos más de lo que debía.

*
* *

Acomodado en rica carretela tirada por dos hermosos caballos, y teniendo á los lados á sus papás, va Ricardo recorriendo las calles que median desde su casa al colegio siendo la admiración de todos por su rico y distinguido porte. Al descender del coche para entrar á la iglesia es felicitado por todos los padres, y sus compañeros le miran con respeto, en éstos apenas se fijan sólo dirige una ligera sonrisa á su íntimo Rafael. Entra en la iglesia la cual está profusamente iluminada y adornada con multitud de flores entre las que sobresale el ramillete de Ricardo. Se arrodilla en un hermoso reclinatorio y empieza la misa que oye con un devocionario, bellísimo regalo de su madrina.

Ha llegado el momento solemne, se ha acabado ya el sermón preparatorio, Jesús va á entrar en aquellos tiernos é infantiles corazones. Se adelantan Ricardo y Rafael. Este al recibir al Señor parece encendido en una fragua de amor y como extasiado se levanta alto, muy alto; elevándose hasta la cúpula de la iglesia que se ve llena de celestiales resplandores; al propio tiempo sus flores que hasta aquel entonces casi no se veían, parecen rejuvenecerse de tal modo que las de Ricardo quedan como marchitas. Recibe éste también al Pan Eucarístico y quiere seguir á su amigo pero ¡ah! los vestidos no le dejan y pesan tanto que le dejan como clavado en la Sagrada mesa.

*
* *

En este preciso momento despierta Ricardo sumamente emocionado y en vez de tirarse sobre los preciosos objetos que preparados cerca de su camita estaban, se arrodilla sobre ésta y entrecortado por los sollozós:—¡Oh Dios mío! exclama, no quiero ni vestidos, ni regalos, ni flores, si esto

me ha de distraer, como ayer me sucedió, del objeto principal, de la Sagrada comunión.

Sí, Jesús amoroso yo quiero, también, ofrecerte las flores del alma que son las que sirven en el acto de recibir el Pan de los ángeles.

JUAN MARÍA PONTÍ.

¡EL TEMPLO!

¡El templo se levanta orgulloso en la árida plana, en la blanca sábana de tierra, que poco antes ni siquiera al pasar miraban los labradores!...

¡El templo levanta sus dos agujas, perfumadas por el incienso, al mismo pie del trono del altísimo!...

¡Sus pilares de marmóreas piedras grises y rojas, su sin igual estructura, sus grandes pórticos abiertos á Oriente y á Occidente convidando á las progenies todas á sentarse en la divina mesa de los festines, evocan en el alma, el recuerdo de no lejano día, de habitar para siempre el divino templo de las eternidades!...

¡Riquísimos tapices, cubren las lisas paredes... y los vasos sagrados, recuerdan los vasos en que, en el eterno reino, se bebe el néctar de la perdurable vida!...

¡El templo se levanta orgulloso, fabricado en el mismo campo de la indiferencia de los mortales, y en su coro de hermosa sillería, cantan los cenobitas salmos que despiertan dulcemente el espíritu, al compás de sus cantos, que embriagan nuestra alma con los efluvios del preludio de un eterno é indefinido amor!...

¡El día y el sol, la noche y los astros encuentran el templo igual que otras etapas de tiempo que ya pasaron... Abiertas las puertas como el Corazón divino, y ofreciendo á las generaciones el perdón solicitado!...

¡Ni el tiempo con su picota demoledora aterrará el templo de la vida, porque él es el templo de la religión, y la

religión no se abate; no muere, vive, vive siempre... ¡Viva la Religión!...

F. MARSAL LLADÓ.

LOS LIRIOS BLANCOS

Traducción de una novelita de Georgina Fullerton

(Continuación) (1)

III

La boda de María de Rochemaure se había efectuado. Salíó la joven pareja acompañada de un numeroso señorío escuchando con agradables oídos las lisonjas ó sinceras palabras que los rústicos habitantes de aquel país les dirigían á su paso uniformemente colocados en hilera desde la puerta de la Iglesia.

En aquel día por todo el pueblo reinaba el bullicio y la alegría. En todos los semblantes, espejo verdadero del alma, relucía el goce casto, puro y honesto regenerador de los más nobles sentimientos.

El vivificante y reluciente sol vino á aumentar con su brillo esplendoroso la magnificencia de la fiesta y ni la más pequeña nubecita empañó el azul del cielo. Por la mañana hermosteó con sus dorados rayos la salida majestuosa de los desposados, al cortejo de invitados entre los cuales se distinguían por su exquisita elegancia Blanca de Saint-Valery y Juana de Tourville y á todos los campesinos que con las lágrimas en los ojos contemplaban rebosando de placer á la niña que nació entre sus cabañas y halagaron sus caricias. Por la tarde iluminó el parque del castillo donde los principales criados del conde, sentados alrededor de largas mesas celebraban el enlace de su señorita apurando sabrosos y ricos manjares y dorados y finos licores.

Blanca pasó las horas de aquel día gozando más de lo que esperaba. Pablo de Nerval fué su único compañero y ambos formaron una indisoluble pareja. Durante el al-

(1) Véase el número 268

muerzo y los paseos que dieron por el jardín no dejaron de hablar ni un solo instante.

Juana también aprovechó las ocasiones. El vizconde de Plessy estuvo muy galante con ella.

Cuando las dos jóvenes fueron á cambiarse el traje para asistir al banquete y después al baile, en sus imaginaciones sólo se reproducían como simples clichés lo que aquel delicioso día les ofrecía y el goce que durante la noche embargaría sus almas juveniles y apasionadas. Mientras la camarera adornaba el vestido de Blanca con los lirios blancos que tanto amor y felicidad le prometían, su amiga sentada en una marquesita, la contemplaba en pleno éxtasis por la distinción y sencillez que comunicaban á su figura aquellas históricas flores.

—No sé, pero me parece que este adorno resulta muy extraño..... encuentro que cambia mi fisonomía y temo parecer fea ante mi Pablo—murmuró Blanca coqueteando delante el espejo.

—No te preocupes con tales pensamientos. A mi me pareces más bella que nunca.

—¿Y si no llega á ser mi esposo?—replicó Blanca.

—Si no llega á ser tu esposo nadie más que yo, sabrá tu atrevimiento.

—Es verdad Juana. Tú eres la única poseedora de este secreto y creo no lo divulgarás.

—Te lo juro—respondió Blanca.

La entrada en el salón de la señorita Blanca de Saint-Valery acompañada de su tía y de su inseparable amiga Juana de Tourville fué la admiración de todos los concurrentes. Una vez sentadas en el lugar designado, la vista de Blanca no se apartó ni un solo instante de la puerta de entrada y al pasar Pablo de Nerval el umbral de la misma, estuvo ansiosa y frenética hasta que se fijó en su adorno. Llegado este instante la agitación del joven fué mucho más visible que la de Blanca; se volvió rojo y encarnado á la vez pareciendo que la fuerza del imán le atraía los ojos hacia aquellas flores tan llenas para él de tristes recuerdos y risueñas esperanzas.

De ningún modo antes del baile pudo Monsieur de Nerval acercarse á la señorita de Saint-Valery. Desde la mañana la había comprometido para bailar el primer rigodón, pero ni él ni ella se acordaban del compromiso.

Breves instantes permanecieron en pie á la entrada del salón sin pronunciar una sola palabra. Una fuerza extraña les retenía. Ambos se hallaban confusos y perplejos. De vez en cuando se dirigían una mirada que á su encuentro en vano procuraban desviar. ¿Por qué despreciaban aquellos instantes?

Guiados, quizás, por un mismo pensamiento se dirigieron á una sala contigua en la cual la señora de Mûrecourt con varias damas y caballeros de su edad jugaban tranquilamente al *whist*. Tomaron asiento en el sofá y permanecieron en silencio. Pasado algún tiempo Pablo de Nerval le preguntó con turbadísima emoción:

—Señorita, tiene algún significado el haber escogido estas flores como adorno de su vestido.

Blanca sonrojóse súbitamente y no contestó.

—Por favor respóndame V.—repitió él.—¿Tienen algún significado estos lirios?

Los ojos de Blanca dieron el «sí» que sus labios no se atrevían á pronunciar....

¿He de continuar narrando la conversación de los dos enamorados? Creo que no. Sólo me limitaré á decir que después de varias preguntas significativas y otras tantas respuestas agradables, hablaron sin darse cuenta de lo que decían, que dejaron en completa libertad al corazón y éste soltando suspiros saturados en un ambiente de perfumes, luz y armonías, habló á su amor con el lenguaje propio rompiendo para siempre el mutismo que embargaba el curso de su pasión. Los que conozcan tales momentos, no negarán su dulce bienestar, su goce indefinible.

El amor de los dos jóvenes era ardiente, puro y desinteresado; tal cual debe ser el verdadero amor. Blanca fué quien se atrevió á manifestarlo por medio de los lirios y Pablo lo correspondía en extremo, rayaba en locura.

Mientras contemplaban sin obstáculo, ni impedimento, el hermoso porvenir que en lontananzas descubrían sus exaltadas imaginaciones, el rector del pueblo entró en el salón con paso más que precipitado. Blanca intentó detenerle con el fin de presentarle á su futuro esposo, pero el sacerdote volviéndose la dijo:

—No me detenga hija mía, una enferma reclama mi presencia y hay que guiarla al cielo antes que exhale el último suspiro. Voy á pedir al señor conde si puede prestarme el coche, mientras lo arreglen podrá V. decir lo que quiera.

Poco tardó en volver el señor cura. Blanca llena de amor, le presentó á Monsieur de Nerval y después le preguntó:

—¿Tiene que ir muy lejos, padre Antonio?—

—Sí, bastante lejos..... No es ningún vecino de mi parroquia quien me llama, pero como mi compañero de Autre-Camp, se halla en París por varias obligaciones de su cargo y Genoveva la florista se muere, debo asistirle en su lugar.

Blanca se estremeció y le dijo:

—Ayer la ví, no sabía que estuviese tan mala.

—Su vida,—continuó el sacerdote,—desde hace algunas semanas, por no decir meses, está sujeta á sufrir los más terribles padecimientos; es como el candil, que una vez consumido el aceite, al menor airecillo corre peligro de apagarse. ¡Pobre Genoveva! Según me ha contado el portador de esta desgracia, la infeliz pasó la última noche en vela para concluir el encargo que cierta señorita le pidió con mucha urgencia. Esto añadido á su débil y lastimoso estado, le había sin duda dominado los esfuerzos que hacía para resistirlo, obligándola quizás á morir.

No es posible describir lo que entonces pasaba en el interior de Blanca. Como mejor pudo y le fué posible, se despidió del sacerdote y de Pablo; se dirigió en busca de su tía que aún jugaba al *whist* y de su querida amiga que gozaba en el baile con las finas atenciones del vizconde de

Plessy y les suplicó que salieran del castillo pretextando para ello hallarse indispueta.

—Cuenta á mi tía la historia de los lirios blancos,—dijo Blanca á su amiga, dejándose caer en un rincón del coche y llorando amargamente.—¡Genoveva se muere y muere por mi culpa!

JUAN GÜELL Y FERRER

(*Se concluirá*)

So Plany del Balaguerí

A LA BONA MEMORIA DEL MEU PARE

¡Aden, vila famosa—de Balaguer!.....

¡qui t' ha vist algún día—vuy no 't coneix!

(*A. de Quintana*).

Per terra trossejades avuy tes glories jauhen,
Oh patria benvolguda, Ciutat noble y lleal,
Tes gestes més preuhades passaren ja a l' Historia,
De lo que un día fores no 'n resta ni un borrall!

Un jorn vas ser senyora d' amplíssima encontrada,
Que cent capdills regaren ab sa ardorosa sang;
Regina destronada, sens ceptre, sen corona,
Has vist caure' a tes plantes joyells y llibertat.

La fama de tes glorias passava ta frontera,
Per tot arréu la duya vensut lo musulmá;
Mes ara es ben marcida la pauma de victoria,
Que airosa flamejava llavors en tes màns.

De peus demunt la roca ton front al Cel tocava,
Pera ésser les estrelles corona del teu cap,
Y a voltes s' hi paravan volant entre mitj d' elles
Los ángels de la guarda que vetllan nostres llars.

Feixugues t' enrondevan tes épiques muralles,
Com cinturó que faixa cintura de gegant,
Y al bell cim de la calma que 't fa de capsalera
Lo geni de la guerra hi bastí sos baluards.

Al peu de ses robustes, inexpugnables torres,
Com arbrissó qu' abriga lo roure secular,
Ab son artístich claustre de gòtiques arcades
S' alsava airosa y rica la gran mayso comtal.

Catifes de la Persia, tapissos de Damasco
Cubrían de les cambres trebols y muradals,

Ahont lluhir s' hi veyan penjades al desgaire
D' alarbs, riques senyeres tacades ab llur sang.

Lo Scoris aurifer joyós t' afalagava,
Y al véuret tan hermosa, fins escursava 'l pas;
Avuy per no mirarte tan trista y decaiguda,
Tot d' una que t' ovirà, va més fuhent que may.

En éll tu contemplavas ta testa juvenívola,
Ohintne les rondalles y platxeriosos cants
D' encisadores fades, companyes d' Herodiades,
Que dins ses clares linfes tenían llur palau.

Qué fou de tes muralles ab sos marlets y torres,
Com guaites que may dórmen vetllán al teu voltant?.....
De torres ja no 'n quedan, y 'ls murs son plens d' escletxes,
Hont fan son nfu les ménques, los xuts y rats-pennats.

Caiguéren pera sempre de ta comtal morada
Ab frestech terratrémol los reforsats pilans,
Com tomban fets estelles en dies de tempesta
Abets del alt Pirene, qu' ha trossejat lo llamp.

Hont jauhen de tos comtes les inclites despulles?
Qui sab tos fets gloriosos? qui canta ton passat?
Los fills ja no l' aprenan del llabi de llurs mares.....
Los avis ja no 'l contan als nets que van pujant.....

Los pobles que t' enrondan no 't pagan vassallatje,
Ni, com avans ho feyan, te solen festejar.
Los viatjers que passen ja casi no 't coneixen
Y ab aire d' estranyesa preguntan hont estás.

«Hont es la celebrada d' aquestes valls senyora?
Cóm resta tota sola l' avans plena Ciutat?
Hont es de sa bellesa l' encisadora imatge?...
Los nostres ulls la cercan... la cercan... mes en va.»

¡Qué n' es de esglayadora pels fills, que més t' estiman
Aquesta veu planyívola, que llansan los estranys!
Qué 'n fa vessar de llágrimes ardentes per ses galtes
Al veurer dissipada ta antiga majestat!.....

Mes no per xo desmayis, ni fassis vfa enrera,
En ton passat mirante camina sempre avant,
Passada la tempesta llú mes hermós lo dfa.
Y après del infortuni més forta reviurás.

No en va dalt de la serra com núbol d' esperanza
En peu román encara ton Crist crucificat;
Al Cel alsats los brassos vers tu son cap acota,
¡Oh Patria infortunada! no oblidis eix mirall.

19 Mars 1903

JAUME MUIXI, *Escolapi.*

AVE MARÍA

GLOSA (*)

Fúlgida Estrella del día,
Que das luz al ancho mar
Mientras canto sin cesar
Dios te salve, Madre mía.

Jamás caeré en desgracia
Ni me oprimirá el dolor,
Si digo con tierno amor,
Llena siempre eres de gracia.

En poder del enemigo
Nunca estará el corazón
Del que entone en dulce son
El Señor está contigo.

De Adán la raza maldita
Libraste Tú del destierro,
Y llorando ahora su yerro
Te aclama la más bendita;

Que bendita por siempre eres;
Y Dios te eligió entre miles,
Al contar tus quince abriles,
Entre todas las mujeres.

Al demonio más astuto
De mi lado obligo á huir
Solamente con decir
Bendito sea tu fruto:

Que fruto es celestial
El de tu vientre bendito,
Que fué perdón al proscrito
Y es la dicha del mortal:

Que en el árbol de la cruz
Y pendiente de tres clavos
Nos borró el baldón de esclavos,
E hijos nos llama *Jesús.*

Fulgente Estrella del día,
Que das luz al ancho mar,
Quiero cantar sin cesar
Tus glorias, *Santa María.*

De Tí vamos siempre en pos
Los pobrecitos mortales,

(*) Leída por su autor, estudiante de Preceptiva en el acto literario celebrado por el Colegio de S. Antón de PP. Escolapios, el día 10 de Mayo de 1903.

Ahuyenta Tú nuestros males,
Pues eres *Madre de Dios*.

En mi auxilio pronto llega
Cuando á tu poder acudo;
Defiéndenos con tu escudo,
Por nosotros siempre ruega.

Somos hijos de dolores
Por el pecado de Adán;
Atraénos como imán
Aunque somos *pecadores*,
Y en tus manos nuestra suerte
Dejaremos madre mía,
Ruega por nos, oh María,
En la vida y en la muerte.

De tu gloria en el Edén
Podamos participar
Y con los Santos cantar
Himnos de alabanza *Amén.*

JOSÉ DE RUMEU Y FREIXAS

A la mort del malhaurat amich

en **FRANCESCH CASALS Y ROCA**

ocurreguda el dia 5 de Maig de 1903

Del arbre de la vida, ahir al mitjdia
caigué una tendre flor,
la flor que mes hermosa y mes gemada
creixia ab ufanó.

¡Que 's trist morir al esclatar la vida
quant tot son ilusións;
qué 's trist morir quant l' ànima 's bressola
entre somnis de amor!

Pobre amich méu que orfanet corria
ja fa tans anys pel món;
la alegria per ell era llunyana,
Puig tot era amargor.

Cap plaher va gosar en esta vida
que li arribés al cor
ja posta jehia el sol que dar podia
esperansa y calor!...

Ploreu, ploreu parents aquesta perdua,
ploreula de bon grat

perque ¡ay! aqueix roser de casa vòstre
 mes flors no pot donar.
 Ploreula amichs fidels de sa infantesa,
 ploreula sens temor,
 molt però molt sabeu que vos aymaba
 el nostre companyó.
 Mon ànima entristida un prech li entona.
 un himne dels sagrats,
 y ma lira respón, vibrant sas cordes,
 ¡Deu l' hagi perdonat!

JOAN GUELL Y FERRER

Barcelona 6 de Maig de 1903

GRANDEZA DE UN CURA

(Continuación)

Tal como lo predijo, así ocurrió. El Superior, hombre de grandísimas dotes intelectuales y corazón recto, con la virtud efusiva de cariñosísimas atenciones, tributadas al Párroco ante los congregados feligreses, restañó la sangre y cicatrizó *la herida del pastor*... Y las *ovejas* no encontraron motivo para *descarriarse*.

Junto á la precedente anécdota, y todavía un poco más alta, cabe admirar la gran lección de humildad que yo recibí de sus labios; y quiero memorarla, venciendo algunos escrúpulos que tu delicadeza, lector, comprenderá en seguida, porque, ante todo, soy historiador en estas páginas, y á *mi* historia me debo; pinto un cuadro, y para que en él resplandezca *la luz*, es necesario que á su turno, bosqueje y gradúe la tonalidad repulsiva de *las tinieblas*. Eranse unas mujeres, punto menos que alienadas, las cuales pasaban, y pasan, el tiempo injuriando á todo el mundo, con el auxilio de la torpe comparsería que las escucha y las alienta. No sabiendo ya sobre qué honra lanzar la

baba de sus murmuraciones, empréndenla con el Párroco, difamándole por tertulias, y calles, y plazuelas, con tal descomedimiento en la palabra, y tal veneno en la intención, que aquellas procacidades constituyeron uno de los escándalos más grandes que nuestra ciudad ha padecido.

Llegó un día en que la enemiga de las desventuradas se remontó al paroxismo, y, ya, sin freno en la viperina lengua, y sin dominio sobre la bilis de sus perdurables nostalgias, *acusaron al Párroco de infidelidad* en el cumplimiento de un encargo piadoso, que las dos maledicentes juraban haberle cometido.

Se le trató como á *malversador* de las ajenas liberalidades; se pisoteó bárbaramente su honrado nombre con una pregunta, que era una reticencia; con una reticencia, que parecía, y no en balde, la calumnia más vil de cuantas en humano pensamiento se forjaron, y en torcida voluntad se cobijaron y encendieron.

Pero aquellas miserias no podían volar; su misma insensatez colocábalas fuera de toda controversia, y las recluía en el fango mal oliente, de cuyo seno brotaron. Algunas bien intencionadas personas, impuestas de lo ocurrido en sus menores detalles, volvieron á su cauce la opinión de unos pocos, momentáneamente influida por la resonancia de las acusaciones que se oyeron.

Lamentábame yo de los sucesos, manifestando á D. Ceferino el pesar que me causó tan asquerosa campaña, y obtuve de su increíble mansedumbre la siguiente respuesta: «Mucho antes de obtener las *órdenes*, sabía yo que toda persona constituida en algún género de Autoridad, deja su fama en mitad de la calle, para que, la arrastren ó la volteen cuantos junto á ella pasaren, si gustan del escándolo. Y el peligro se aumenta, cuando el hombre colocado en las alturas es un Sacerdote... Obligación tenemos los pecadores de aceptar lo que venga sobre nosotros, por ingrato que fuere... Cristo de ningún mal se hizo reo, y, sin embargo, padeció, y fué humilde hasta la muerte...»

Desde la puerta de mi casa, vi como se alejaba campos

adelante, la figura del santo Clérigo en actitud meditabunda. Solitario conducía el *viático* de su batida existencia; la humildad, la fortaleza, el perdón de las injurias, menospreciados tesoros que recibió de su Dios la impenitente Humanidad... Y allá, en las *Alturas*, columbraba la imaginación algo tremendo y soberano que se erguía bendiciendo al Sacerdote, mientras una voz, *la voz de Josaphat*, tronó sobre los astros, repitiendo la conminación profética: «¡Guay de aquel por quien el escándalo viniere; guay del réprobo que acopia basuras, para manchar la honra del padre y del pastor!...»

Supe después que, sin esperar la reparación del agravio, el Párroco visitó á sus implacables enemigas, llevando hasta sus conciencias perturbadas el bálsamo de una serenidad inalterable... ¿No fué aquello, lector, presentar la mejilla derecha, tras la resonante bofetada que enrojeciera y hollara la mejilla izquierda? ¿Cabe una más valiente imitación de Jesucristo? Quizá se vea en el mundo, aunque difícil se me antoja; pero si te obstinaras en responder afirmativamente; según tu claro pensar, tal vez con ese *más allá* tropieces en la anécdota que sigue.

Vivía en Torrelavega un desgraciado vendedor de *El Motín* y *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. No te diré si por expreso mandato del que le confiara tal ocupación, ó por malevolencia de sectario (habría de las dos cosas una miajita en aquellas indignas provocaciones) ello es lo cierto que frecuentemente pasaba el hombre con su resma de papeles bajo el sobaco, y en la diestra un número tremolado á guisa de bandera, junto á la casa del Sr. Calderón, mientras ensordecía gritando con los pulmones de toda una *logia*: «¡*El Motín!*... ¡*Las Dominicales!*... ¡*El Cencerro!*...» Y cuando en la calle divisaba la *teja* de D. Ceferino... ¡vuelta á redoblar el clamoreo, y á llenarnos de *Motines* y *Cencerros* los oídos y la cabeza!... El Párroco se aproximaba, y el vendedor cada vez hería los tímpanos más fuertemente; y, en el momento de cruzarse con el pa-

cientísimo Cura, colocaba, para mayor escarnio, la mano, tapando su mal rasurado bigote, curvada y caída, en guisa de muro apagador de resonancias; con muestras de sigilo, como persona que se dispone á deciros, cuando pasáis, algo denunciabile...; y el los trémolos burlones de una voz reconcentrada, nasal y profunda, citaba los nombres de periódicos tradicionalistas que no vendía: «*¡El Siglo Futuro!... ¡La Fe!... ¡La Verdad!...*» Y este repugnante pasillo, sin duda preparado con el fin de buscar una hora de flaqueza en que el digno Eclesiástico, harto de aquel perpetuo latigazo, echase por las cumbres de su indignación, olvidando el decoro de su ministerio, y poniéndose á escandalizar en medio de la vía pública; ese pasillo... repetíase á lo menos siete veces por semana...

El ansiado momento no llegó... ¡Qué *flor mística* se ha perdido *El Motín!*... ¡El Cura, el obscurantista, el ferocísimo tirano que acomete *al hijo del pueblo!*... ¡El predicador, el ministro del Gran Humilde, agrediendo al humildísimo, al mártir de la democracia, que dedica su vida, en aras de las ideas, á extender la civilización, voceando las grandes cañerías, por donde viene á raudales sobre nosotros el progreso en esta infortunada Patria!... ¡El Sacerdote de Jesucristo, Verbo de la Paz, lanzándose á una lucha de arriero; injuriando, abofeteando, tal vez haciendo trizas al *pobrecillo, que, pacíficamente, sin meterse con nadie*, pregona su lícita mercancía, bajo el amparo de la Constitución, y de toda norma, y de toda costumbre!... ¡El gavilán oprimiendo á la paloma, el lobo cebándose en el manso corde-ro!... ¡Qué sé yo, lector, lo que se hubiera dicho!...

Así pasaron los meses y los años, y vino el día en que una mano temblorosa y una voz débil llamaron á la puerta de D. Ceferino Calderón. La *casa de todos* ábrese para el recién llegado, y el tétrico aspecto de un hombre que agoniza en la más completa indigencia, ofrécese ante la vista del magnánimo pastor... Era el antiguo vocinglero de *El Motín*... «¡Salvame usted, D. Ceferino—balbuceaba el misero—démé siquiera una esperanza; pues, de lo con-

trario, aquí mismo *acabaré!*... No tengo qué llevar á la boca, estoy muy enfermo... ¡Los que se llamaban *mios*, no se conduelen de mi desvalimiento!... Y el Párroco no puede oír más; requiere su manteo, cálase la *teja*; gana, junto al mendigo, con lento paso, el camino que los separa del *hogar* de los pobres, y sin ventilar un segundo la olvidada bohardilla donde su longanimidad arrinconó los añejos escarnios, ofrece al triste holgado retiro y buen sanatorio en el Asilo de Torrelavega... Y allí dejó al pobre anciano, bendiciendo la misericordia del Sacerdote, y abriendo su pecho á las inspiraciones de la Fe, que, con la caridad de Jesucristo por fiadora, llamaba insistente á las puertas de su corazón...

Muchas anécdotas continuaría; pero las juzgo innecesarias, una vez señoras de tu atento examen, lector indulgente, las que acabo de recordar. Figúrate la serie de ocurrencias edificantes que podría seguir anotando; los menosprecios, humildemente sufridos por el *hombre de Dios* en su eterna mendicidad para el Culto y para los pobres; en su obra magna del Hospital, y en su empeño gigante de la nueva iglesia... Cuando él lea estas páginas se asombrará, como se asombraría el que presenciara, en la casa que habita desde su infancia, una excavación que resucitara cien prodigios de los tiempos viejos; un alcázar de las *Mil y una noches*; hasta el día precedente desconocido y sepultado... Yo sé que todos se identificarán conmigo, que todos me entenderán, menos él; pues en su modestia ejemplarísima no cabe, ni por una hora, ni por un minuto, *ni por un aliento, la soberbia de creerse humilde...*

IX

Perdería el nombre de fiel expositor, si me concretare á esbozar la profunda mansedumbre que decora todos los actos del Cura de mi pueblo, atendiendo solamente á las manifestaciones externas de esa conformidad indeclinable, de ese acatamiento á los rigurosos mandatos de la Providencia. Es necesario estudiar *lo interno*, lo que permanece

oculto á las miradas curiosas de la mayoría, lo que en nosotros gime, y forcejea, y enróscase tenaz, mientras ante la majestad del tribunal *conciencia*, discuten sobre los actos futuros del hombre, su entendimiento, que puntualiza linderos y calcula éxitos; su memoria, que aporta la enseñanza de los años y de los libros; y su corazón ruín, pronto á desechar cálculos y pruebas, experiencias y vaticinios, para correr tras lo que poderosamente le llama; con la obsesión del vértigo por todo piloto; con el ansia de comodidad, de blandura, de calenturientas dichas, por toda brújula... Sí, es preciso distinguir *jerarquías*... La humildad de Fulano y la humildad de Zutano, se parecen, como hermanas gemelas, en sus efectos suaves, en su condición balsámica, en su lema santísimo: «¡Todo por amor de Dios!» pero la mayor parte de las veces distan mucho entre sí, cuando las estudiamos en su incierto camino por las sombras del alma, según las más ó menos recias peleas que hayan precisado librar contra los enemigos de su triunfo, contra todos los belicosos ímpetus en nuestro corazón dominantes, que los malos hábitos suelen empujar á la palestra de cada día, para que estorben la marcha de la reflexión, de la prudencia, de la santa calma en que los espíritus privilegiados se abroquelan, cuando *allá*, en los Cielos, dicta sus órdenes de tortura, su ley de prueba y de martirio, la Eterna Sabiduría fautora del Orbe, dueña de la Vida, fuente del Bien, juez y fiscal de los humanos... Solamente conociendo la crudeza de esas batallas, lograremos justipreciar el mérito del humilde.

La mansedumbre puede llamarse *báculo del espíritu*, por cuanto sobre ella gravita el peso de nuestra intercadente voluntad, en tanto que nos dirigimos al *último* fin por el camino de nuestra fortuna. Tal vez suceda que, al examinar el árbol maravilloso, cuyo tronco robusto denominase *temperamento*, y de cuyas ramas se fabrica el bendito cayado, tropiece nuestra ventura con alguna tan pulida, tan apropiada en dimensiones y fortaleza, que no precisemos otro esfuerzo, para hacerla servir al objeto de nuestra uti-

lidad, sino el levisimo de cogerla y afirmarla sobre la tierra; mas también cabe en lo posible que la encontremos demasiado alta, y de molestísimo cortar, y llena de salientes y asperezas; entonces será menester que forzudos quebrantemos y destruyamos su recia unión al tronco, para después alisarla y desbrozarla pacientes...

He aquí los términos, aplicando el simil: ó una fácil humildad, que nace con nosotros, y forma, por decirlo así, nuestra propia médula; ó una difícil mansedumbre negada por el natural de cada uno, y creada y robustecida por el artífice de todo heroísmo: *la cristiana fortaleza*.

Es indudable que á la formación de nuestra idiosincrasia concurren el temperamento y el ambiente que nos rodea; es decir, la manera de ser nativa y el influjo de las personas en cuya sociedad vivimos; de las doctrinas que por todas partes curiosos escuchamos; de los dolores físicos á que nos ataca la maldición provocada en el Paraíso... Todo ello junto, gravitando sobre nosotros, forma lo que se llama *carácter*; y si gran tonalidad suele prestarle aquella herencia de humores é inclinaciones que recibimos con la sangre; no es menor la huella que en su misma substancia imprimen los acontecimientos de la vida, lección perpetua que no siempre á derechas entendemos.

Un amigo mío, de muchas luces y no corta experiencia (1), me dijo en cierta ocasión, hablando sobre el mismo tema, que la suerte próspera y la adversa fortuna, pueden compararse respectivamente á dos viajes por ferrocarril, dichosísimo el primero y lleno de tribulaciones el segundo.

JOSÉ M.^a MARTÍNEZ Y RAMÓN

(Se continuará).

(1) D. Bartolomé Soriano, español ilustre, natural de Bailén (Jaén), que desempeñó elevados puestos en la República de la Plata.